

Capítulo 110 - - Dagas escondidas - Guía práctica de la hechicería [Libros 1- 4, reanudación del 3 de julio]

- Capítulo 110 - - Dagas escondidas - Guía práctica de la hechicería [Libros 1-4, reanudación del 3 de julio]

Capítulo 110 - - Dagas escondidas - Guía práctica de la hechicería [Libros 1-4, reanudación del 3 de julio]

Sebastián

Mes 2, Día 7, domingo, 12:00 p.m.

Cuando Sebastián regresó de la cocina con una segunda taza de café—bien filtrado—se acomodó junto a Oliver en el sillón. “Entonces, ¿cuál es esa otra cosa que debemos discutir?”

Oliver tomó un sorbo profundo de su taza humeante y luego dejó escapar un suspiro de alivio exagerado. “Ayer me reuní con Tanya Canelo. Ella fue enviada a negociar en nombre de Munchworth y sus asociados.”

Sebastián detuvo medio mordisco a su tostada. “¿Qué ocurrió?”

“Concordamos que el Ciervo Verde seguiría proveiéndoles en lugar de los Morrow, pero lo importante es que ella preguntó por el libro robado y por ti.”

Ella tragó con dificultad. “¿Y qué le dijiste?”

Oliver posó una mano en el hombro de Sebastián, su piel cálida a través de su camisa. “¡No pongas esa cara de preocupación! Le dije que ni siquiera consideraría la idea de traición. Pero luego la señorita Canelo sugirió algo que quizás valga la pena considerar. La Universidad quiere organizar una reunión contigo—bueno, con la Reina Cuervo. Están dispuestos a pagar por tu presencia con un tributo, igual que hizo Lord Lynwood.”

Un nudo de ansiedad agrandado en el estómago de Sebastián formó una bola agria. “¿Para qué? ¿Crees que se pueda confiar en ellos?”

“Supongo que esperan negociar con ella por el libro. Pero no, no creo que puedan confiar en ellos. La idea de la reunión fue la sugerencia secundaria, después de todo. Pero si pudiéramos garantizar tu seguridad y aún así obtener el tributo, podría valer la pena la oportunidad de conseguir algo sin perder nada. Además, esto me haría parecer más influyente y dispuesto. Aunque te aconsejaría

que no entregues el libro, sin importar lo que ofrezcan. Sin él, tendrás muy poca influencia ante una retaliación más severa, y es posible que puedan usarlo en tu contra, incluso en tu identidad como Sebastián Siverling. Después de todo, no sabemos qué hay dentro.”

“Yo también he pensado en eso,” admitió ella. “Estaría dispuesta a devolver el libro si eso realmente pudiera limpiar mi nombre, pero no veo cómo sería posible. Incluso si lo fuera, la Universidad no podría prometerme eso. Tendría que ser la policía. La Alta Corona, tal vez.”

“Es posible, pero sería más cauteloso con él que con la Universidad.”

Ella escuchó en silencio, preguntándose si el peligro de la reunión valía la pena por la recompensa del tributo. Si todo salía bien con los tíos Gervin, Sebastián no estaría tan desesperada que la promesa de dinero la controlara como a una mascota en la correa. Sin embargo, nunca antes había tenido la oportunidad de dialogar con el sector universitario. “Al menos quiero escuchar qué tienen para ofrecer. Quizás hay caminos que aún no he considerado.”

“Yo puedo preparar un lugar, contratar seguridad que no tenga relación con el Ciervo Verde y disponer un intermediario para reunirse con ellos. ¿Un cuervo, quizás?” preguntó Oliver con una sonrisa traviesa.

Sebastián se rió. “Necesitaremos protecciones. Maldiciones. Planes para neutralizar cualquier cosa que puedan idear.”

“Contrataré a Liza.”

“No voy a pagar eso.”

“Me encargué yo de eso con mi treinta por ciento del valor del tributo.”

Ella entrecerró los ojos, pero parecía razonable considerando los gastos que probablemente enfrentaba. Tal vez incluso perdería dinero. “Está bien. Por esta vez.”

—Oh, Sebastien. Qué desilusión tan profunda —suspiró Oliver con dramatismo, mirando hacia el techo.

Discutieron el plan mientras terminaban el desayuno, y Sebastien no pudo evitar sentirse... optimista. Intentó decirse a sí misma que no se emocionara demasiado, pero aquella reunión parecía ser del tipo que podría marcar una verdadera diferencia. Tal vez sería como el acuerdo con Ana y ellas la sorprenderían.

Mientras soñaba despierta con ser libre, sin ser ya una criminal buscada, Oliver se levantó de repente. —¡Casi olvido! Tengo algo para ti. Una sorpresa —dijo mientras salía rápidamente de la habitación con una sonrisa infantil en el rostro, regresando con una caja atada con una cinta. —Las hice especialmente para ti.

Le entregó la caja a Sebastien, luego se sentó frente a ella, observándola sin parpadear, como si quisiera absorber cada movimiento y cada reacción.

—¿Es para alguna ocasión en particular? —preguntó Ennis, quien le había dado regalos en su cumpleaños, cuando no olvidaba, pero solían ser regalos de última hora o reutilizados.

—No, ninguna en especial. Pensé que estos podrían ser útiles, y que tal vez no pensarías en comprártelos tú misma —respondió ella—.

Tiró de la cinta con sensación extraña. Esperaba no estar sonrojándose. —Umm, gracias —dijo con modestia.

—Aún no sabes qué es. Ábrelo —le animó Oliver.

Ella lo hizo y encontró un par de botas de cuero, de un marrón muy oscuro que casi parecía negro, junto a un pequeño daga delgada, en su funda con correas.

Oliver se inclinó hacia adelante con entusiasmo. —¿Ves cómo la daga es tan plana? Eso es para que sea cómoda y fácil de disimular. Tiene un filo con forma de anzuelo, que pensé podría ser útil para cortar cuerdas u otras ataduras, y también es una excelente manera de causar daños severos si logras apuñalar a alguien en un punto blando. Está diseñada para esconderse contra la espinilla, de modo que el mango quede al borde del contorno de la bota. Si prefieres, la funda puede ajustarse en tu antebrazo —explicó.

Ella desenvainó la daga, admirando la ausencia total de brillo en el metal mate y oscuro. —Sin reflejo que llame la atención y delate mi posición —murmuró. No se atrevió a pasarle el dedo por el filo afiladísimo. La hoja entera medía aproximadamente lo que su palma, con un pomo de metal plano que tenía orificios para los dedos, disminuyendo su peso y asegurando un firme agarre.

—Si alguna vez te encuentras en una situación en la que la magia no sea viable, ya sea porque no tienes suministros o porque tu Voluntad está agotada, una buena navaja tiene muchos usos, incluido el autodefensa —dijo Oliver—. Además, es mucho más rápida que preparar un hechizo.

—Gracias —repitió ella, con más sinceridad. Era el segundo regalo pensado y personalizado que Oliver le entregaba, solo porque quería hacerlo.

La sonrisa de Oliver se amplió, curvada demasiado en sus mejillas por la emoción. Levantó una mano para cubrirse la cara. —Ni siquiera eso es lo mejor. Tómate un momento para examinar esas botas —le sugirió.

Sebastien lo hizo. Eran discretas, quizás con un estilo ligeramente andrógino, no lo suficientemente elegantes para una fiesta noble, pero resistentes para el uso diario, con una suela que soportaría terreno áspero o resbaladizo. —No tendré dificultades para correr con ellas —comentó.

—¿Algo más? —todavía se cubría la mitad inferior de la cara, pero ella podía ver la alegría en sus ojos.

—Eres demasiado emocionado para que estas sean botas normales —observó ella, volviendo a examinarlas—. ¿Son un artefacto? —sus ojos se fijaron en una costura casi invisible en la suela de la bota—. Espera... ¿hay algo escondido allí?

— Me diste la idea cuando escuché cómo estabas siguiendo a la señorita Canelo.— Oliver se inclinó hacia adelante, tomando una de sus botas para mostrarle cómo funcionaba. Agarró una parte del surco y la giró, luego levantó una sección del talón para revelar una lámina aún más pequeña, cuidadosamente oculta en su interior. Tenía forma de lágrima, con un agujero para que un dedo pudiera deslizarse como empuñadura. —Las mandé hacer a medida. Este filo— señaló una pestaña negra en la parte trasera de la ranura donde se escondería la daga para el dedo— es de pedernal. Puedes rasparlo con la cuchilla para encender un fuego en una emergencia. Para calentarse, cocinar, o lanzar magia.— Sacó la cuchilla y la golpeó brevemente contra el pedernal, generando una pequeña chispa.

—Es increíble.

—Y eso no es todo. Son ajustables en tamaño.— Abrió una pequeña pestaña decorativa de cuero en el lado del tobillo y luego empujó un pequeño interruptor. La bota se desplegó por las costuras. Oliver la estiró un poco con la mano, y en unos segundos, la bota parecía exactamente igual, solo un poco más grande. —El zapatero quedó muy confundido por qué quería que las botas pudieran reducirse después de ampliarse, pero logró que funcionara.— Con ese mismo interruptor, volvió a plegar los bordes hacia adentro, dejando las botas ligeramente más gruesas en algunos sitios, pero en líneas generales iguales. —De esta manera, puedes usarlas sin importar qué cuerpo estés usando.

—Oliver... esto es...— Ella movió la cabeza, sin poder hablar por una vez. ¿Cuánto habrá costado?—, se preguntó. De ninguna manera era un regalo trivial.

—Me alegra que te gusten. He notado que los taumaturgos suelen ser bastante centrados en la magia para resolver todos sus problemas, así que quería asegurarme de que tuvieras una opción más mundana, creativa, para protección. Algo que ningún enemigo esperaría.— Colocó la daga en el lugar escondido y cerró nuevamente el talón de la bota. —Incluso si alguien te registra, una vez que encuentre la daga en la espinilla, lo más probable es que deje de buscar cuchillas.

A sus insistencias, Sebastien probó las botas, cambiándolas por las suyas y colocando la daga en su espinilla. Encajaron perfectamente, brindándole una sensación adicional de seguridad. —Otra opción más para afrontar el desastre si un meteorito metafórico golpea mi vida.— De repente, se sintió mal por haber negociado con él de manera tan despiadada anteriormente.

Se sacudió ese sentimiento. El libro sobre estrategias de negociación mencionaba que regalar obsequios era una forma de desarmar al otro y hacer que sienta la necesidad instintiva de devolverte algo. Facilitaba que alguien fuera más susceptible a aceptar condiciones o favores que de otra manera rechazaría, y ella no pensaba caería en esa trampa mental. Pero sería agradable hacer algo amable por Oliver a cambio, para no sentirse tan incómodamente agradecida y en deuda. ¿Qué se le podía ofrecer o comprar a un lord próspero y poderoso de una organización ilegal, que podía adquirir lo que quisiera para él mismo, y cuyo objetivo principal era derrocar el régimen actual y revolucionar el país? Parpadeó, apartando su mente de esa posible madriguera de conejos. Carraspeó. —Estoy muy agradecida. Es un regalo maravilloso. Muchas gracias.

—No hace falta que me agradezcas una y otra vez. Me alegra que estés contenta. Espero que no tengas que usarlas nunca. ¿Te quedarás el resto del día para preparar infusiones, entonces?— preguntó con expectativa.

Sebastián observó las mesas de alquimia dispuestas contra la pared, pero con el estómago lleno, las conversaciones difíciles ya superadas y sus nuevas botas en los pies, comenzaba a sentirse nuevamente fatigada. La idea de pasar el resto del día trabajando encima del caldero le provocaba ganas de llorar, solo un poquito, borrando la mayor parte de las emociones positivas que había experimentado. El cambio de humor repentino la sorprendió y preocupó. Podría aliviar su fatiga con una dosis de la tintura de cáscara de rayos... pero no quería. “Acabo de negociar un pago enorme. Probablemente más de uno. ¿Quizá solo un día para mí sea justificado? Si esto funciona, la agotadora rutina de trabajo de mi plan podría volverse opcional.”

En voz alta dijo: “No. Hoy no voy a hacer pociones.” La sensación de alivio que esas palabras le produjeron fue casi tangible. Podría visitar el Mercado del Río y comprar los ingredientes necesarios para las futuras mezclas. Sin embargo, en lugar de pasar el resto del día picando, moliendo y canalizando magia hasta que se mareara, pasaría por El Ciervo Verde para que le firmaran el nuevo contrato y completaran la promesa. Y luego simplemente... descansarían.

Le vino a la mente la idea de que sería una buena oportunidad para visitar la familia de Newton, pero de inmediato se apartó del pensamiento, una oleada repentina de miedo, culpa y aversión tan potente que casi la obligó a encogerse físicamente.

“¿Puedo echarle un vistazo a un mapa de la ciudad, en realidad?” exclamó de repente, girando su cuerpo hacia Oliver justo en el instante en que desprendió su mente de los pensamientos dolorosos. “¿Y tienes una lista completa de los refugios seguros cercanos que podrían estar bien para usar en una emergencia?”

Él inclinó ligeramente la cabeza, examinando su reacción. “Claro. No tengo los refugios escritos en ningún lado aquí, pero podemos revisar juntos sus ubicaciones y protocolos de acceso.”

Mientras Oliver despejaba su escritorio y sacaba un mapa detallado, Sebastián trataba de calmar su mente, intentando incorporar un poco de Will en ese esfuerzo cuando las respiraciones profundas no parecían ser suficientes. “Es momento de aprender. Esto es importante y requiere toda tu concentración. Este conocimiento será poder,” se convenció a sí misma. Se unió a Oliver, de pie junto a su escritorio, observando el mapa con calles, canales, y pequeños círculos y rectángulos para las construcciones, tan densamente poblados que parecían crecer como moho en una placa de Petri. A diferencia de la mayoría de los mapas que había visto, incluso se extendía hasta los barrios más pobres, aunque con menos detalles. El papel ocupaba casi toda su mesa, y Sebastián quedó impresionada por el tamaño de Gilbratha, así como por la cantidad de personas que allí habitaban.

“Esta es la casa de la señora Branwen,” indicó Oliver, señalando una zona de los barrios pobres. “Te escondiste allí conmigo antes.” Móvil su dedo. “También tenemos un refugio aquí, justo cerca del Mercado del Río, con una segunda salida en caso de que necesites despistar a alguien que te siga. La contraseña es...” En los próximos treinta minutos, Oliver le explicó casi una docena de

opciones de emergencia. Ella quedó satisfecha e impresionada por la extensión de los preparativos. Mientras él hablaba, concentraba toda su atención como si intentara lanzar magia, dejando que el resto del mundo desapareciera. Repetía mentalmente cada fragmento de información, memorizándola vinculándola con diferentes hilos de conexión y haciendo su mejor esfuerzo por imaginar las calles y edificios a su alrededor como si los estuviera caminando, en lugar de mirarlos desde arriba.

Cuando terminó de hablar, preguntó: “¿Quieres repasar alguna de esas informaciones? Sé que fue mucha información de una sola vez.”

Ella negó con la cabeza. “No, lo he memorizado todo.”

“¿Todo? ¿Solo escuchándolo una vez?”

“Sí.” Ella acercó un poco más el mapa, señalando de uno en uno los lugares e repitiendo la información clave en forma abreviada. Conocía la ciudad mucho mejor que cuando se conocieron, pero aún le costaba a veces orientarse en zonas que no conocía bien. “Realmente necesito memorizar toda la ciudad y diseñar rutas óptimas hacia distintos destinos. Esa será la parte más difícil.”

“La parte más difícil,” repitió él, con un tono algo extraño.

Ella asintió distraídamente, tomando el mapa y dirigiéndose de nuevo hacia uno de los sillones lujosos cerca de la chimenea. “Voy a dedicar un rato a revisar esto, si no te importa. Te dejo que regreses a tu trabajo. Sé que estás ocupado.”

Él dijo algo, pero ella ya estaba demasiado absorta en asimilar la información para prestar atención.

Por secciones, cubrió el mapa, memorizando nombres de calles y puntos de referencia, tratando de imaginar en su mente la sensación de caminar por la ciudad. Anotó varias construcciones y negocios que ahora pertenecían a la Cabaña Verde, incluyendo algunas tiendas interesantes y un hotel bastante agradable en el distrito empresarial. Este método, simplemente absorber un mapa, no era infalible. La información teórica podía fallarle en la madrugada, especialmente si el pánico embrollaba sus sentidos y recuerdos. Lo mejor sería recorrer las calles a pie, ella misma. Pero eso era un proyecto demasiado grande para completarlo rápidamente, así que tendría que esperar.

Estudió hasta que su cerebro empezó a protestar por la acumulación de información, mucho antes de terminar de memorizar todo el mapa. Se recostó con un suspiro de frustración, masajeándose las sienes. “Creo que eso es todo por hoy.”

Recogió los platos sucios del desayuno que habían quedado sin limpiar, apilándolos en una bandeja para llevarlos de nuevo a la cocina. “Si toda esta historia con las ramas secundarias de Gervin funciona, ¿no sería en realidad bastante peligroso que obtuvieras la comisión?” preguntó, mirando a Oliver. “Si se sabe que los Osos dirigen la industria textil que acordaron, ¿no podrían los policías descubrir quién es en realidad Oliver Dryden?”

Oliver se encogió de hombros, levantándose para ayudarla a apilar los platos. “Claro, pero eso siempre iba a ocurrir tarde o temprano. Pondré barreras entre mis dos identidades, igual que hasta ahora. Aunque alguien se vuelva sospechoso, tengo argumentos y excusas a mano. No hay razón para creer que no contraté gente en los Mires solo porque es mano de obra barata y también la posible principal fuente de mis clientes. Soy conocido por ser filántropo, y los salarios más altos que pienso pagar pueden parecer ingenuos o un error comercial, pero en absoluto fuera de carácter. Y si los Osos se sintieron atraídos por esos beneficios y dinero, y de alguna manera han infiltrado mi negocio, cobrando protección a los talleres y tiendas, y contratando a muchas personas de su propio territorio... Bueno, no puedo hacer mucho al respecto. Los Osos hacen lo mismo con muchas otras compañías con las que Oliver Dryden no tiene nada que ver, al fin y al cabo. Es muy triste, pero son insidiosos,” afirmó, sacudiendo la cabeza con una expresión excesivamente pesimista. “Supongo que, si las organizaciones criminales no se pueden erradicar, prefiero que me atormente la Cabaña Verde que alguna de las otras opciones.”

Sebastián seguía riendo mientras ella se alejaba, metiendo un bollo de carne relleno que Sharon le había presionado en el bolsillo, con la caja que ahora contenía sus viejas botas bajo el brazo libre.